

LA SENTIMENTALIDAD TRANSFORMADA

SANZ, Marta. *Éramos mujeres jóvenes*. Sevilla: Fundación José Manuel Lara, 2016.

¿El amor romántico ha expirado? ¿Con qué se ha construido la sentimentalidad de las mujeres españolas que eran jóvenes en la transición? Entonces, ¿cómo han evolucionado los lugares comunes respecto al amor? Estas y más preguntas plantea Marta Sanz en *Éramos mujeres jóvenes*, subtítulo descriptivamente como «Una educación sentimental de la transición española». Podemos decir que esta *máscara* es difícil de catalogar: un ensayo claramente literario, manifiestamente personal, que abarca en sí mismo reportajes, estadísticas, noticias, carteles publicitarios de los sesenta y setenta, y muchos más objetos culturales que dieron lugar al imaginario cultural del postfranquismo español y de la posterior democracia. Una máscara, porque tal como apunta en este ensayo y en *La lección de anatomía* (2008) –novela con la que se emparenta–, para Marta Sanz sus textos son «las máscaras con las que suelo desnudarme» (201). En este texto híbrido en el que incluso se adjunta un anexo con las imágenes de películas, escritoras o revistas adolescentes que marcaron a estas generaciones, Marta Sanz utiliza su propia máscara y la de sus *corifeas* –mujeres de distintos entornos y edades que han accedido a ser entrevistadas por la escritora–, para desnudar sus preocupaciones y plantear interrogantes

mediante material biográfico, ya sea propio –la narración que va enlazando y engarzando las preguntas y respuestas de sus ayudantes– o ajeno, pues aparecen algunos fragmentos de vida significativos para sus entrevistadas, piezas con las que han construido su propia forma de entender el mundo y su sentimentalidad.

El objetivo de este ensayo es investigar desde distintos puntos de vista la construcción cultural del amor heterosexual, ejerciendo de representantes de «la heteronorma para cuestionarla», ya sean sus lugares comunes, o la infelicidad o frustración que precisamente puede producir tal construcción. También es consciente de que su grupo de estudio se configura con mujeres «blancas, españolas, heterosexuales [...] de clase media, con estudios, hijas de un catolicismo heredado» (13), pues la determinación de Marta Sanz es en primer lugar escribir desde el grupo social en el que se incluye y en segundo lugar exponer que este –siendo el más representado en los medios culturales– no solo es el que daña a otros al mostrarse en público como el predeterminado, sino que también, por ello, perjudica a quienes lo integran.

La narración de Marta Sanz organiza las preguntas y las repuestas en distintos bloques, ejerciendo de mediadora, de directora de escena. Pasando por todas las etapas de la vida, de manera similar a como ocurre en *La lección de anatomía*, pero pretendidamente de forma más desorganizada, la entrevista y la narración discurren a través de la niñez, a la adolescencia y la madurez, dentro

de las facetas personal, sexual y amorosa, que se entrelazan a lo largo del ensayo. La narración es asaltada por recuerdos y reflexiones de la propia autora y de sus *corifeas*, constituyendo reflexiones que demuestran la transformación de las mismas y traen al presente, confrontando cómo eran en el pasado, cuestiones como la virginidad, la forma de querer, el rechazo, el matrimonio o el gusto.

El vínculo buscado con *Usos amorosos de la postguerra española* (1987) de Carmen Martín Gaité es obvio y declarado por la propia autora en el prefacio, al igual que la conexión con su anterior libro, *Daniela Astor y la Caja Negra* (2013), con el sinfín de datos que aporta el personaje del libro para retratar la época. Pero, en este caso, la autora desgrana mediante sus entrevistas la memoria colectiva de las mujeres de su época respecto al amor, teniendo en cuenta que uno escribe desde lo que es, «desde mi clase y condición social [...] desde mi conciencia de género» (185).

Son muchas las conclusiones a las que llega la autora en calidad de entrevistadora gracias a sus *corifeas*, y que se van desgranando a lo largo de todo el ensayo, condensándose hacia el final. Se relacionan con las representaciones, con los tópicos, con la escritura, con la imagen que tienen las mujeres de sí mismas, con el feminismo y, sobre todo, con las transformaciones. Marta Sanz analiza una sociedad que aboca a su generación a la obsolescencia –aplicaciones para móviles para coquetear, la objetualización del cuerpo en su extremo, el cambio en la comunicación–, debido

a la tecnología. Una de las conclusiones más rotundas es el hecho de que las relaciones entre los hombres y las mujeres no son las mismas desde «el desarrollo cultural que sucedió a la Transición española» (184), y que, pese a ello, la cultura hace hincapié en la perpetuación del amor romántico, incluso adaptándose a las condiciones económicas y sociales del neoliberalismo. Analiza cómo el capitalismo actual ha dañado también al feminismo, donde nadie se escapa de ser igualado, pero en calidad de objeto: «este capitalismo salvaje [...] consigue incluso hacer de la carne –de hombre, de mujer, de niño, de animal– un fetiche» (187).

El sexo, no hace tanto prohibido de forma implícita moralmente, tema represivo en cuanto a las mujeres, se ha transformado en un imperativo dentro de la rueda capitalista, por lo que la autora se pregunta si la democracia «¿nos liberó sexualmente o convirtió el sexo en un asunto comercial, un pretexto para vender y comprar?» (103). Otra de las reflexiones que se desprenden de este ensayo es cómo ha afectado la publicidad y el imaginario cultural español a los individuos, un imaginario cultural posiblemente impuesto para provocar el consumo o el apego a unos modelos de vida a los que aspirar: «la brecha que separa la realidad de los deseos inducidos por la publicidad e incluso por ciertas manifestaciones culturales es tan enorme y tan ajena que solo puede provocarnos frustración» (49). También señala los valores culturales del presente, íntimamente relacionados, asimismo, con el consumo y

con el miedo a no estar al día, quedando el individuo obsoleto también culturalmente: «con el asentamiento del neoliberalismo en las sociedades democráticas, la moda, las series de televisión y la gastronomía han empezado a entenderse como indiscutibles –y posiblemente muy rentables– valores culturales» (174).

La sexualización constante de la mujer, los cuidados cosméticos para parecer más jóvenes, las imposiciones de la publicidad para acatar modelos según los cuales se está en la sociedad o la reinterpretación de lo que significa emancipación para la mujer son solo algunos de los temas que trata Sanz en este ensayo. Pero *Éramos mujeres jóvenes* es también una reflexión de la escritura, de la escritura siendo mujer, de la escritura como pronunciamiento: «cantar o asumir el canto de otros es un modo de reaccionar» (125). Además de examinar la transformación de las mujeres de su generación de lectoras-receptoras en escritoras –es a partir de la Transición cuando cada vez más mujeres comienzan a publicar–, Marta Sanz analiza los problemas a los que se enfrentaban y enfrentan en cuanto a su escritura. Tal como explica, la construcción de la democracia llevó a las escritoras a «emular una normalidad cultural que históricamente habían definido los varones» (185). Con el feminismo desarticulado, lo importante, engañosamente, era escribir bien, tanto para hombres como para mujeres, aunque en el caso de las mujeres tácitamente se les

exigiese más, debían demostrar frente a la condescendencia de la crítica su valía. Sanz declara la necesidad de conquistar una mirada propia, y un cuerpo propio fuera de cualquier tópico, para lo que pone en valor el feminismo y el compromiso, palabra devaluada después de la Transición.

Después de estas meditaciones y de una reflexión respecto al matrimonio, una invitación a transformar una relación del ámbito íntimo en algo social, se nos ofrece un *Bonus Track* (206) en el que las mismas preguntas con las que se interrogó a las *corifeas* son lanzadas al escritor Carlos Zanón. Marta Sanz llega a la conclusión de que muchas de estas transformaciones también han afectado a la sentimentalidad masculina y que la construcción del amor heterosexual también provoca frustración en los hombres.

Engarzada con los elementos biográficos de *La lección de anatomía y Clavícula* (2017), y similar a su primer ensayo, *No tan incendiario* (2014), en cuanto a declaración de intenciones, o en las reflexiones sobre la escritura y la importancia que tiene el imaginario cultural, Marta Sanz de forma comprometida diagnostica las dolencias de la sociedad actual, de qué nos hablan sus transformaciones, de que lo exterior y lo interior no están separados y de que, quizá, se imponen modelos que realmente nadie quiere.

Raquel REYES MARTÍN
 Universidad de Salamanca
 raquel37900@usal.es